

# Democracia y elecciones en América Latina: un balance del año 2000

CARLOS MALAMUD

*Profesor de Historia de América. Universidad Nacional de Educación a Distancia*

En fechas recientes, el comandante Hugo Chávez, actual presidente venezolano, señaló en Estados Unidos que la democracia representativa estaba en crisis en América Latina. Sus veleidades populistas y sus devaneos amorosos con D. Fidel Castro, con quien intenta formar un eje antinorteamericano, son muy conocidos como para asombrarse por el contenido de tales manifestaciones. Una macroencuesta de fines de 1999 patrocinada por el BID para el conjunto de América Latina es también motivo de preocupación: mientras el 45% de la población de la Unión Europea mostraba un mediocre nivel de satisfacción con la democracia, el porcentaje bajaba al 35% en América Latina. Sólo el 23,3% piensa que en sus países se respeta la voluntad popular a la hora de gobernar y el 39,8% que las elecciones son libres. Sin embargo, dado el peligro desestabilizador que el régimen chavista tiene para América Latina, valdría la pena tratar de ver cuánto hay de cierto en sus palabras y cuál es el estado de salud de la democracia en la región. Por eso, el presente artículo, siguiendo la evolución de la coyuntura política, intentará hacer un balance de los procesos electorales desarrollados en América Latina a lo largo de 2000, un balance que no sólo contempla los resultados obtenidos por los partidos concurrentes, sino también los índices de participación y el estado de la opinión pública de la región. La idea central es que, pese a las dificultades crecientes que atraviesan numerosos países, y teniendo en cuenta los particularismos de cada uno, la democracia no ha sido deslegitimada como sistema.

El 2000 tuvo un impacto menor que 1999 en lo relativo a procesos electorales, sobre todo si atendemos al número e impacto de las elecciones presidenciales, aunque algunas de ellas fueron muy destacadas. Es el caso de los comicios mexicanos que permitieron, tras largas décadas de la hege-

monía de un solo partido, el PRI, que la oposición llegara al poder de la mano de Vicente Fox. En la República Dominicana también cristalizó la alternancia, impulsando de forma considerable la consolidación de su *democracia*. En Chile, la segunda vuelta presidencial hizo posible el regreso de un socialista, más bien social demócrata, al Palacio de la Moneda, aunque esta vez no como candidato de una coalición de izquierda, sino de la Concertación, una alianza con la Democracia Cristiana (DC). En todos los casos se evidenció la importancia que en la política latinoamericana, aunque no sea un fenómeno puramente local, tiene la necesidad de conquistar el centro para llegar al poder.

Junto a estos casos que podríamos definir como exitosos encontramos otros que aumentan la preocupación por cuanto sucede en el continente. En primer lugar, tenemos el fiasco peruano, que gracias al fraude y a la manipulación electoral permitió a Fujimori inaugurar su tercer mandato. Claro está, aunque suene redundante, que bien está lo que bien acaba y que la renuncia del ahora súbdito japonés reabrió la puerta a la democracia peruana. En Venezuela Chávez volvió a imponerse a una oposición que no termina de levantar la cabeza. En Haití, después de unas elecciones cuestionables, Jean Bertrand Aristide retornó al gobierno, y algunos analistas, como Andrés Oppenheimer, especulan con la formación de un eje populista o izquierdista en el Caribe, impulsado por los comandantes Chávez y Castro y respaldado por Aristide. Su potencial desestabilizador aumentaría en caso de que el sandinismo ganara las elecciones nicaragüenses de 2001 con Daniel Ortega como candidato presidencial, algo que todavía está por ver. Sin embargo, las elecciones no terminan en las presidenciales, ni siquiera en las legislativas, pese a que buena parte de los estudios y análisis sobre procesos electorales en América Latina se concentran en ellos. Junto a algunas elecciones provinciales, o estatales en el caso de México, en 2000 hubo comicios municipales en Brasil, Colombia, Chile, El Salvador, México y Uruguay, que también tuvieron una gran importancia para el desarrollo político de cada país.

#### *Democracia, participación y opinión pública*

Contrastando con la euforia propia de los procesos democratizadores latinoamericanos de principios de la década de 1990, la actualidad está marcada por el desánimo y la preocupación, no sólo por las dificultades económicas sino también por las amenazas a la estabilidad democrática. Algunos datos del Latinobarómetro marcan el sentir de la opinión pública ante los fenómenos señalados. En primer lugar, habría que constatar el bajo por-

centaje de confianza interpersonal, situado para 2000 en el 16%, la cifra más baja de los últimos cinco años. En México y América del Sur la media es del 17%, aunque fluctúa entre el 4% de Brasil, el 12% de Argentina y el 34% de México. Peor está América Central, con Honduras y Nicaragua a la cabeza, donde sólo el 14% piensa que puede confiar en la mayoría de las personas o, dicho de otra manera, que uno nunca es lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás. Lo grave no es sólo el porcentaje, sino que éste ha caído 15 puntos en tres años. Las cifras reflejan las dificultades para afianzar aquellas instituciones democráticas que necesitan de la confianza de los ciudadanos. La corrupción, el descrédito de los políticos y de los partidos y el mal funcionamiento de la justicia abonan, sin lugar a dudas, esta situación.

Sin embargo, la mayoría de la población sigue pensando que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno. Si la media regional es del 60%, en América Central, con un 64%, hay más gente que sigue creyendo que la democracia es preferible en algunas circunstancias a un gobierno autoritario. En México y América del Sur hay un 58%. Aquí también hay grandes variaciones regionales, destacando Costa Rica y Uruguay, con un 83 y un 84% respectivamente. Mientras en Argentina un 71% piensa que la democracia es preferible a cualquier otro sistema, un 16% justifica que en algunas circunstancias un gobierno autoritario puede ser mejor que uno democrático, mientras que un 11% sostiene que "a la gente como uno" le da lo mismo un régimen democrático que otro no democrático. En el otro lado encontramos los casos de México y Brasil. Si en México el apoyo a la democracia es del 45% (un 19% apoyaría un gobierno autoritario y a otro 19% le da lo mismo), en Brasil las cifras son más preocupantes. El respaldo a la democracia es del 39%, a los gobiernos autoritarios del 24% y le da lo mismo a un 28%.

Pese a la confianza en el sistema democrático, el grado de satisfacción de los ciudadanos con la democracia que tienen es escaso. En toda América Latina un 37% de la población está satisfecha o muy satisfecha con la democracia. Es en Paraguay, Nicaragua y Brasil donde los porcentajes de satisfacción son menores, un 12, 16 y 18% respectivamente. Sin duda, estas cifras tienen que hacer pensar a los gobernantes y a los políticos en la calidad de la democracia existente en sus respectivos países y en el futuro de la misma democracia de persistir esta tendencia. La pregunta sobre la confianza en las instituciones refuerza lo dicho hasta ahora, siendo la Iglesia (70%) y las Fuerzas Armadas (43%) las instituciones más valoradas, mientras que los partidos políticos (20%) y el Parlamento (28%) son

los menos reconocidos. Los presidentes (39%) se encuentran en un plano intermedio.

Otra variable importante en este punto es la participación electoral, ya que una baja asistencia a las urnas es un serio obstáculo en la construcción de una cultura política que fomente el compromiso ciudadano y el afianzamiento democrático. En América Latina el voto es obligatorio en la mayor parte de los países, salvo Colombia y Nicaragua, donde es optativo. La participación ha seguido patrones diferentes en cada país durante la década de los 90. En Chile y Uruguay está por encima del 90%, y Costa Rica, Argentina, Nicaragua y Brasil superan el 80%. Por el contrario, en Colombia y El Salvador la participación es inferior al 40%. De todos modos, la mayor parte de las naciones tiene unos índices de participación electoral entre el 70 y el 80%. Lo que se observa a lo largo de la década son constantes subidas y bajadas en las curvas de participación, lo que indica que no hay una tendencia claramente descendente y que hay grandes diferencias de un país a otros. Mientras en Ecuador, Venezuela y El Salvador la participación descendente indicaría un cierto desencanto con la política, en otros tres países (República Dominicana, Paraguay y Panamá) la tendencia es al alza.

#### Elecciones presidenciales y locales en Chile

Sería conveniente comenzar nuestro viaje en aquellos países con democracias asentadas. De Sur a Norte encontramos a Chile, que pese a las ataduras impuestas por la vigente Constitución pinochetista, ha demostrado tener una democracia más sólida y estable que en otros países andinos. Es verdad que una democracia moderna implica la eliminación de los senadores vitalicios y del sistema electoral basado en circunscripciones binominales para la elección de diputados, la completa subordinación de las Fuerzas Armadas al poder político e inclusive la sanción de una ley del divorcio y la reglamentación del aborto, pero solucionar la mayor parte de estas cuestiones sólo es posible con un amplio consenso político que facilite la reforma constitucional. Uno de los problemas más serios de la democracia chilena es el carácter cavernario de su derecha, dificultosamente homologable a otros partidos conservadores del mundo, más allá de la buena sintonía que exista entre la baronesa Thatcher y el senador vitalicio, actualmente desaforado, Augusto Pinochet. Sin embargo, Chile es uno de los países de la región donde está más asentado el sistema de partidos. Es de esperar que el Sr. Lavín, tras sus importantes éxitos electorales en 2000, insufla nuevos aires a la derecha chilena, necesitada de un urgente *aggiornamen-*

to.

De cara a la segunda vuelta presidencial, los 30.000 votos de diferencia que separaron a Lagos de Lavín en la primera vuelta eran una renta escasa, acentuada por los magros resultados de las otras opciones, tanto a izquierda como a derecha, que impedían pensar en grandes vuelcos electorales, como sí ocurrió en Uruguay en la segunda vuelta de noviembre de 1999. Si bien los protagonistas eran los mismos que en diciembre anterior, era una nueva elección. Con menor margen que en Uruguay, también aquí funcionó lo señalado por el ex presidente Sanguinetti de que «en la primera vuelta se vota con el corazón y en la segunda con la razón». Esto vale para los votos comunistas, que mayoritariamente se inclinaron por Lagos, y también para las mujeres, que, pese a votar más por Lavín, aumentaron su apoyo al candidato oficialista.

El 12 de diciembre de 1999, al asumir el resultado de la primera vuelta, Lagos comenzó a tomar drásticas medidas para reencausar su campaña. Tras reconocer que había escuchado el mensaje de la gente, Lagos impulsó la reforma de su comando de campaña y entregó el mando a la actual ministra de Exteriores, la demócrata cristiana Soledad Alvear, que entre otros logros permitió a Lagos recuperar la confianza de algunos votantes de la DC que en la primera vuelta optaron por el candidato de la derecha. Se introdujeron algunos cambios que agilizaron la campaña: se abandonó el lema de "crecer con igualdad", por entender que llegaba poco a los votantes centristas y se adoptaron ciertos elementos de la campaña populista de Lavín. Éste, por su parte, buscando un perfil de estadista, también con el deseo de ocupar el centro, abandonó determinados mensajes que le habían permitido conquistar un importante porcentaje del voto popular.

Pasadas las ocho de la noche del domingo electoral, Joaquín Lavín y su esposa se desplazaron al céntrico Hotel Carreras, sede del comando de Lagos, para felicitar al triunfador. El casi 3% de diferencia de los primeros datos oficiales, mantenido en anuncios posteriores, fue irrecuperable y facilitó el rápido reconocimiento de la derrota. Lagos obtuvo el 51,31% de los votos y Lavín el 48,69%, siendo la participación algo inferior a la primera vuelta, cuando se situó en el 89,95%. Según un guión escrito el fin de semana anterior entre destacados dirigentes de ambas candidaturas, el aspirante derrotado felicitó al ganador, dando una señal inequívoca de que la democracia chilena está más asentada de lo que se piensa en Europa. En el Parlamento, las posiciones del oficialismo en el Senado fueron reforzadas por el nombramiento del ex presidente Frei como senador vitalicio, lo

que junto a la ausencia parlamentaria de Pinochet ha permitido romper a su favor el anterior empate a 23 votos.

Los desafíos son grandes para la derecha y para quien demostró ser su gran líder, Joaquín Lavín, cuya candidatura ya se enarbola para las presidenciales de 2005. La fecha ya tiene algunas novias, comenzando por el ex presidente Eduardo Frei, a quien no le disgustaría volver a presentarse. También Lavín se prepara para la empresa desde su cargo de alcalde de Santiago, demostrando una vez más cómo la buena gestión, la misma que exhibió en el privilegiado municipio de Las Condes, no es sólo una herramienta eficaz para acabar con la pobreza, sino también un buen reclamo electoral. Pero no basta con mostrarse eficaz. Lavín tiene que reducir las diferencias entre las dos opciones de la derecha (Renovación Nacional y Unión Democrática Independiente) y pacificar a las fuerzas pinochetistas, que ven con desagrado su cada vez mayor desmarque del general, aunque el haber subido en las elecciones municipales más de 10 puntos con respecto a la votación de diciembre de 1999 en la Comuna de Santiago puede facilitarle mucho las cosas.

Después del apretado triunfo del candidato de la Concertación se repitieron insistentemente dos ideas poco claras: que comenzaba en Chile una segunda transición y que el triunfo de un candidato socialista completaría el ciclo inaugurado tras el derrocamiento de Salvador Allende en 1973. Ni lo uno ni lo otro. La victoria de la Concertación no inauguró una nueva etapa de la transición chilena, ya que no se están produciendo ni se van a producir cambios espectaculares. Pero, en el hipotético caso de que estos se produjeran, sería por un cambio de actitud de los partidos de la derecha, que finalmente accederían a impulsar algunas reformas que reclama una parte importante de la sociedad, y no por un cambio de rumbo del gobierno de la Concertación. Ni Lagos es Allende, ni la Concertación es la Unidad Popular. La Concertación es la alianza de la DC con la izquierda no comunista y es este componente centrista el que permitió el triunfo de Lagos. Pese a ello, muchos votantes de la DC dieron la espalda al candidato socialdemócrata para apoyar a Lavín, aunque algunos chilenos, comenzando por Pinochet, preferían el gobierno de un demócrata cristiano, como Andrés Zaldívar, para evitar el triunfo de Lagos. La maniobra fue impedida por la detención de Pinochet en Londres, un factor clave en el despegue del candidato "independiente" Lavín.

En las elecciones locales del domingo 29 de octubre, donde habían en juego cuestiones muy diferentes a la gobernabilidad general, se eligieron 341 alcaldes y 2.124 concejales, con un mandato de cuatro años, hasta

diciembre del 2004, de entre 4.512 candidatos. El sistema electoral hace recordar al existente al Congreso. Es una mezcla de circunscripciones binominales y representación proporcional para elegir a los concejales, cuyas mayorías a su vez servían para designar a los alcaldes. El triunfo fue del oficialismo, con el 52,11% de los votos, un 4% menos que en 1996, y 168 alcaldías. La derecha obtuvo el 40,1% de los votos, considerado un claro avance en relación al 32% de las anteriores elecciones municipales, e incrementó sustancialmente el número de ayuntamientos en su poder, pasando de 129 a 167, lo que supone que la mayoría del país está regida por gobiernos locales en manos de la oposición, que también controla una parte importante del presupuesto municipal. De las 30 mayores ciudades del país, 16 corresponden a la derecha, incluyendo Concepción, la tercer ciudad del país y tradicional bastión socialista, al igual que la mayoría de los municipios del gran Santiago, 21, mientras la Concertación gobierna en 13. Es de destacar que Lavín ganó en Santiago a Marta Larraechea, la esposa del ex presidente Frei, con el 60% de los votos.

El Partido Comunista, con sólo un 4,19%, vio frustrada su aspiración de recibir el voto de los desencantados de la Concertación. La DC, pese a seguir siendo el primer partido en términos individuales, con el 21,60% de los votos, mantuvo la línea de constante descenso de votos que viene registrando desde 1990. En líneas generales se observa como la Concertación perdió fuerza en los sectores medios y populares, mientras mantuvo su caudal de votos en áreas rurales. Salvando las distancias y extrapolando los resultados a las elecciones legislativas de este año, se puede pensar en un descenso de la cómoda mayoría que la Concertación mantiene en la Cámara de Diputados desde 1990.

#### El Mercosur

En lo que a desencanto se refiere, los argentinos se llevan la palma. De una forma algo exagerada, buena parte de la población pensaba a fines de 2000, antes de que se aprobara el famoso "blindaje", que el país estaba al borde del abismo. Sin embargo, en este caso sería bueno recordar acontecimientos de un pasado más remoto, donde dificultades similares a las actuales eran agravadas por un golpe militar y la dictadura de turno. Hoy por hoy la democracia está totalmente consolidada en Argentina, como prueba no sólo la alternancia entre peronistas y radicales en el gobierno de la Nación y de los estados provinciales, posible gracias a las elecciones de 1999, sino también la importancia que la opinión pública otorga a los temas de corrupción política y económica, como el escándalo que salpicó al

Senado de la Nación. Sin embargo, hay un serio peligro que puede ensombrecer el futuro y al que es necesario dar cumplida respuesta: la debilidad creciente del sistema de partidos. Radicales y peronistas compiten por ver quien se distancia más de la sociedad, aunque ésta todavía no ha hecho suyo el discurso antipartidos que sí ha calado en otras latitudes, siendo el caso más alarmante el de Venezuela.

Continuando en el Mercosur, Uruguay y Brasil, cada uno con sus peculiaridades, son dos de las democracias más estables de América del Sur. En ambos casos la posibilidad de futuros gobiernos de izquierda, el Frente Amplio (FA) uruguayo y el Partido dos Trabalhadores (PT) de Lula en el Brasil, no son descartables, aunque las elecciones municipales dieron mensajes diferentes para uno y otro. En los dos casos un triunfo de la izquierda en unas elecciones presidenciales sería una muestra de madurez de sus respectivos sistemas políticos. La contrapartida es el Paraguay, un país que todavía vive bajo la hegemonía del Partido Colorado, el mismo que respondía a las directrices de Alfredo Stroessner, el longevo dictador de ese país. Todavía hoy, como ha demostrado el largo y prolongado culebrón del general Lino Oviedo, Paraguay no ha resuelto el problema de las relaciones cívico-militares. Pero no sólo eso, ha debido hacer frente al asesinato de un vicepresidente y a la renuncia del primer mandatario. La vigencia de un muy estructurado sistema clientelar y la debilidad de la oposición son dos de los mayores problemas que debe enfrentar la democracia paraguaya.

Los resultados de las elecciones municipales brasileñas de octubre pasado (la primera vuelta el 1º y el 29 la segunda), con la elección de más de 6.000 alcaldes, confirman un importante avance del PT que se ha impuesto en 17 de las 62 ciudades más importantes del país, como São Paulo, Porto Alegre, Belo Horizonte, Campinas y Recife. El Partido Social Demócrata Brasileño (PSDB), del presidente Cardoso, conquistó 12 de las 62 grandes ciudades. En ellas, la izquierda ganó en el voto popular, pero en las ciudades más pequeñas el triunfo correspondió a los partidos de centro y de centro-derecha, que también se impusieron en Rio de Janeiro y Curitiba. Mientras el PT obtuvo casi 15 millones de votos, el PSDB sólo logro 3.500.000. Contrastando con la alegría del PT destaca el mal desempeño del Partido del Frente Liberal (PFL), aliado del presidente Cardoso. El Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), la mayor fuerza parlamentaria, conquistó 10 de las mayores ciudades. Pese a lo publicado en algunos medios españoles, las elecciones no supusieron un plebiscito en contra del presidente Fernando Henrique Cardoso, al centrarse en los problemas locales, como la buena administración de los ayuntamientos y la



seguridad pública. Este último es un tema de gran preocupación para todos los habitantes de las grandes urbes, como muestran algunas encuestas recientemente publicadas en la prensa paulista. Prueba del peso de lo local es que aquellos alcaldes caracterizados por su buena gestión, como Celso Taniguchi (Curitiba), Juraci Magalhães (Fortaleza), Kátia Born (Maceió), Célio de Castro (Belo Horizonte), Zaire Resende (Uberlândia) y Jorge Silveira (Niterói), fueron reelectos. Estas elecciones se caracterizaron por su limpieza, e inclusive han sido catalogadas como las más limpias de la historia de Brasil. El voto electrónico es un gran avance y redujo dramáticamente la posibilidad de fraude y de manipulación de los resultados durante el escrutinio.

El importante avance electoral del PT hizo renacer la confianza y la ilusión en sus filas y sus máximos dirigentes ya se han puesto a pensar en la próxima elección presidencial (2002). De acuerdo a los recientes resultados y a la conflictividad existente en algunos partidos, las posibilidades actuales del PT son considerables. Las nuevas expectativas han puesto en la agenda el tema de la candidatura presidencial para la que hay dos serios aspirantes: el presidente de honor del PT, Luiz Inácio Lula da Silva, y el senador Eduardo Sulpicy, el millonario marido de la nueva alcaldesa de São Paulo (que reserva su candidatura para el 2006), que dice encarnar la línea social-demócrata frente a la mayor radicalidad de Lula y la vieja guardia partidaria.

Los problemas del PT, si quiere ganar realmente las próximas elecciones presidenciales, no son pocos. No sólo debe resolver la cuestión del candidato, sino también su política de alianzas con otros sectores de la izquierda, buscando al mismo tiempo el necesario respaldo de los votantes de centro. Simultáneamente debe hacer de la gestión de los municipios y estados que gobierna el mejor escaparate de su capacidad y eficacia política y administrativa, resaltando sus logros en el combate contra la pobreza, la desigualdad y la corrupción. Algunos de estos problemas se pusieron de manifiesto en la Asamblea de Alcaldes electos celebrada a principios de noviembre en Brasilia. A la misma acudieron los nuevos cargos municipales y la plana mayor del partido y allí surgieron claramente las dificultades que debe enfrentar un partido que ya es oficialismo en numerosos lugares y debe dejar de lado la alegría de la oposición para hacerse cargo de la responsabilidad de la administración. Esto se puede observar de forma nítida en el estado de Mato Grosso do Sul, donde el gobernador del PT, José Orcirio (Zeca do PT), ha comenzado a aplicar importantes medidas tendientes a recortar el déficit fiscal y el gasto público. Dentro de la política de gestos iniciada de cara a la actual carrera por la presidencia, el PT también

ha confirmado su separación del MST (Movimento dos Trabalhadores Sem Terra), una deriva que ya se había iniciado en 1995, pero que se ha acentuado en los últimos meses de un modo más categórico, debido al descrédito creciente de un movimiento que se había presentado como la gran esperanza de la izquierda latinoamericana.

Los desafíos del PT en su legítima ambición de alcanzar la presidencia del Brasil son enormes. Para ello debe abandonar su discurso populista del pasado, clarificar sus alianzas con la izquierda radical, intentar ocupar el centro izquierda en desmedro del partido del presidente, el PSDB, y clarificar su lenguaje. De ahí la importancia de las palabras de Zeca do PT, quien insiste en la necesidad de promover el ajuste fiscal, en cortar los gastos de un Estado clientelista e ineficiente, aunque sea en perjuicio de los privilegios de algunas corporaciones. Y remacha su idea diciendo que aunque no hubiera la necesidad financiera de emprender esas reformas, existe la exigencia moral de hacerlo, ya que los más perjudicados por la actual situación son los más pobres. Sin embargo, el viaje de Lula a Cuba, en noviembre pasado, ha hecho reaparecer los viejos fantasmas del pasado.

En Uruguay los vientos de la renovación no soplaron con todas las fuerzas que hubiera deseado el FA, ya que pese a la arrolladora victoria que obtuvo en Montevideo (un 58,6% de los votos), retrocedió en aquellos departamentos donde se había impuesto en las elecciones presidenciales de 1999, como Maldonado, Canelones y Paysandú. La jornada tuvo dos grandes ganadores, el Partido Nacional y Mariano Arana, el alcalde de Montevideo que puede convertirse en una seria alternativa al líder del FA, Tabaré Vázquez. El Partido Nacional se recuperó de su pobre desempeño en las anteriores presidenciales, ya que mantuvo 11 intendencias y le ganó otras dos (Rocha y Florida) al dividido y gubernamental Partido Colorado, el gran derrotado en las urnas.

En Paraguay, el 13 de agosto se realizó una elección bastante singular para las costumbres latinoamericanas: la del vicepresidente. El resultado fue toda una sorpresa, al ser la primera derrota importante del Partido Colorado en los 53 años que lleva gobernando el país. El candidato del Partido Liberal Radical Auténtico, Julio César Yoyito Franco, con un 47,78% de los votos, se impuso por un escaso margen al colorado Félix Argaña, que obtuvo un 46,98, algo menos de 10.000 sufragios de diferencia. En la derrota del partido gobernante se mezclaron numerosos ingredientes. Si las elecciones fueron un plebiscito, como señalan algunos observadores, se castigó al gobierno de Luis González Macchi, surgido tras el asesinato del vicepresidente Luis María Argaña y la renuncia del ex presidente Raúl Cubas,

pero también fue una cierta reivindicación del golpista Lino Oviedo, cuya Unión Nacional de Colorados Éticos (Unace) respaldó al candidato triunfador. Al parecer, el apoyo se debió a que el candidato vencedor le prometió un juicio justo al general detenido en Brasilia a su regreso al país. Con el triunfo opositor se abre un período de gran interés en la política paraguaya, ante la peculiar cohabitación existente. Es verdad que las competencias del vicepresidente son escasas para comprometer la acción de gobierno, pero sin duda incidirá en la legitimidad del mismo, ya que estamos en presencia de un vicepresidente elegido por el pueblo y un presidente, anterior presidente del Congreso, confirmado en cargo por la Corte Suprema y que ha jurado en varias ocasiones que no abandonará el cargo hasta 2003.

¿Giro a la izquierda en América del Sur?

Cuando en octubre de 1999 triunfó en Argentina el candidato de la Alianza centroizquierdista, el radical Fernando de la Rúa, que acabó con la larga década menemista, y ante lo que parecía un posible triunfo del candidato del FA uruguayo se reforzó la idea del cambio. Por eso, algunos intelectuales renombrados, como Carlos Fuentes, dieron rienda suelta a su imaginación y soñaron con nuevos escenarios y nuevos rostros, como los de De la Rúa, Tabaré Vázquez o el chileno Ricardo Lagos, en el paisaje político latinoamericano del siglo XXI. Otros, como Mario Benedetti, al analizar el triunfo del FA en la primera vuelta electoral hablaron del Uruguay real y del otro. El Uruguay real sería el del cambio, el de la transformación, el del progreso, el otro el del inmovilismo y el conformismo, el del establishment económico y de los poderes fácticos. Sin embargo, el otro Uruguay se impuso en la segunda vuelta, recordando nuevamente que la realidad es más compleja de los esquemas simples y lineales. Jorge Batlle obtuvo el 51,6% de los votos y Tabaré Vázquez sólo el 44%. El vuelco se debió al apoyo del Partido Blanco al Colorado, en aras de evitar que los marxistas llegaran al poder, que llevó a los más recalcitrantes militantes blancos a votar por sus architradicionales enemigos. El resultado abunda en la incapacidad del FA para conquistar votos en el centro. El radicalismo de sus propuestas y un estilo que mantiene demasiados tics de la Guerra Fría (Vázquez despidió a sus seguidores después del fracaso electoral con el guevariano saludo de Hasta la victoria siempre) sólo sirvieron para asustar a un electorado demasiado conservador, especialmente en las zonas rurales. Una de las singularidades uruguayas frente a sus vecinos sudamericanos es el envejecimiento de la población. Un 30,4% del censo electoral (más de 730.000 personas) son jubilados y pensionados, cifra que contrasta con los 70.000

votantes incorporados este año.

Algunos analistas, especialmente los más desconocedores de la realidad local, hablan de un voto inmovilista, negando la labor de Julio María Sanguinetti, uno de los mejores estadistas de la actualidad latinoamericana, en los últimos años, que entre otros logros redujo la población que vive en la pobreza del 14 al 6%. Si bien la devaluación de la moneda brasileña y las zozobras del Mercosur provocaron un cataclismo en la economía uruguaya, con descenso de las exportaciones y aumento del desempleo, sin las reformas económicas recientes la caída podría haber sido peor. ¿Ganará la izquierda en el 2003? ¿Será posible un giro a la izquierda en América Latina, paralelo al retroceso de las políticas económicas conocidas como neoliberales? La respuesta a la primera pregunta depende básicamente de la capacidad de los dirigentes del FA de ampliar (valga la redundancia) sus alianzas hacia el centro, rebajando el radicalismo de sus propuestas. Allí donde el centro izquierda ha triunfado (Argentina) o puede hacerlo (Chile) es porque ha conformado alianzas con otras fuerzas más centradas (el Partido Radical o la DC) sin cuestionar el modelo económico, mientras que en Uruguay y Brasil el Frente Amplio y el PT de Lula han apostado por mantener sus señas de identidad. Numerosos países de América Latina necesitan una pasada por la izquierda para consolidar la democracia y reforzar la gobernabilidad. Pero la alternancia no es un regalo del poder, sino una conquista basada en los propios logros (y en los errores ajenos) y para eso hay que trabajar seriamente y, a veces, encontrar terceras o cuartas vías.

### México

Por último tenemos el caso de México, con la llegada de Vicente Fox al poder. Con escaso rigor se ha comparado el relevo presidencial con la caída del muro de Berlín. Una y otra vez hemos oído que el 1 de diciembre de 2000 se puso fin a 71 años de dominación del Partido de la Revolución Institucional (PRI). Pero el PRI recién fue creado en 1945, el 1 de septiembre de 1928 se fundó el Partido Nacional Revolucionario y en 1938 el Partido de la Revolución Mexicana. Y si bien ambos son precedentes del PRI, los gobiernos existentes desde 1917, o desde 1928, no fueron gobiernos del PRI, sino de un régimen surgido de la Revolución Mexicana y esto es lo que no se dice por cuanto cuestionaría gravemente los cimientos del propio régimen. Un régimen que fue definido por Mario Vargas Llosa como dictadura perfecta, y si bien el término tuvo un gran éxito mediático, no por ello deja de ser algo exagerado. Si tan perfecto era, si tan reciente es el inicio de la transición mexicana, como también se dice, cómo se explica que

el Partido de Acción Nacional (PAN) controlara las gobernaciones de varios Estados, o que se desarrollara el Instituto Federal Electoral (IFE) del modo en que se hizo. Es verdad que el presidente Zedillo tuvo un papel determinante a la hora de hacer posible la alternancia, pero pese a todas las críticas recibidas y a lo infumable de su último y mastodónico libro, no debe olvidarse a Carlos Salinas de Gortari en esta historia.

Los cómputos de la elección presidencial mexicana confirman la alternancia política en México, gracias al triunfo de Fox, el singular candidato que concurrió a las elecciones con las siglas del PAN, pero cuya actitud dista mucha de la ortodoxia partidaria. Para acentuar esta tendencia hay que recordar que los amplios resortes del sistema presidencialista mexicano le dan un margen de maniobra y un grado de autonomía respecto "a su partido" aún mayor que el que tuvo en la campaña electoral. Éstas fueron las elecciones más disputadas desde la Revolución Mexicana, como prueba el alto grado de incertidumbre que acompañó todos los pronósticos pre-electorales. La alta participación registrada (63,96%), menor que el 78,5% de 1994, muestra el estado de movilización electoral de la sociedad mexicana y sus fuertes deseos de cambio, más profundos de lo que cualquier encuesta ha podido detectar. Con una participación menor, las opciones del PRI hubieran sido mayores. Esta elección demuestra una vez más que las claves del triunfo electoral no están en el fraude ni en la manipulación sino en la participación y en la movilización de la ciudadanía, dos variables centrales para explicar el triunfo de Fox. Las elecciones han mostrado una importante fragmentación de los resultados. Mientras Fox conquistó claramente la presidencia, el PAN no obtuvo la mayoría en ninguna de las dos cámaras y la jefatura del Distrito Federal correspondió a Manuel López Obrador, del PRD. El PRI se mantiene como el partido con mayor representación parlamentaria tanto en el Congreso como en el Senado. En el Congreso, sobre un total de 500 diputados, el PAN tiene 207 escaños, frente a 211 del PRI y 51 del PRD, correspondiendo los 31 restantes a 5 opciones minoritarias. En el Senado, sobre 128 bancas, el PRI tiene 60, por 46 del PAN y 15 del PRD. Los partidos menores tienen 7. El reparto de poder también se observa en el DF, donde pese a haber ganado la Jefatura, el PRD no logró la mayoría absoluta en la Asamblea de Representantes de la ciudad de México.

El resultado es de capital importancia tanto para México como para el conjunto de América Latina. En momentos en que desde los Andes y otros países de la región llegan noticias y rumores sobre las amenazas potenciales y reales a la democracia, lo ocurrido en México es un poderoso balón

de oxígeno para todos quienes apuestan por el libre juego de los partidos y las instituciones, sin tutelas ni condicionamientos de ningún tipo. La buena nueva de la alternancia mexicana es un importante aviso para aquellos que se sienten tentados a seguir el camino del chavismo venezolano o de la narcoguerrilla colombiana.

Durante la campaña electoral las promesas de Fox abarcaron un amplio espectro de la realidad. Dado el carácter cuasi ilimitado de los recursos disponibles por la presidencia, una realidad que los presupuestos de 2001 se han encargado de desmentir, todo estaba al alcance de la mano: eliminar la pobreza, combatir la marginalidad, modificar la administración sin echar a la calle a ninguno de los cientos de miles de los empleados públicos, mejorar la enseñanza o solucionar el problema de Chiapas en diez minutos, por limitar a una cifra de por sí interminable. Aquí asoman algunos elementos de preocupación, ya que, por lo general, la gestión del PAN y del PRD allí donde gobernaban no distaba mucho de lo que ocurría en los estados en manos del PRI. Los vicios de la política mexicana eran similares. Sin embargo, la alternancia producida es en sí misma un valor capaz de revolucionar al conjunto de la política mexicana. Una política que deberá acostumbrarse a nuevos códigos y a nuevos métodos, especialmente con un poder cada vez más repartido entre los diversos actores. Mientras el PRD mantiene el control del Distrito Federal, el Congreso queda sumamente fragmentado, dificultando la obtención de las claras mayorías necesarias para gobernar con tranquilidad. A esto se suma una desigual distribución del voto en las distintas regiones del país. No hay dudas de que el nuevo gobierno deberá hacer de la necesidad virtud y aprender el arte de la negociación y de la persuasión, vital para la aprobación de las leyes y de los presupuestos.

Todavía es pronto para ver cómo evolucionará el mapa electoral y las facturas que los resultados del comicio pasarán a los participantes, aunque los resultados en las elecciones de gobernador en los estados de Chiapas y Tabasco auguran cambios importantes en un futuro no muy lejano. Sin duda, el sistema político mexicano ha conocido un verdadero cataclismo, pero es evidente que ha superado la prueba de forma notable. Queda por ver qué deparará el futuro y la forma en que los partidos, los nuevos y los viejos, se adaptarán a la nueva realidad y si son capaces o no de articular programas de gobierno y de oposición adecuados a la actual coyuntura, distinta e igual a la vez a la existente hasta el 2000. Queda por ver que el sistema de partidos, incluyendo a los emergentes Partido del Centro Democrático y Democracia Social, se consolide en México. El PRI debe avanzar en su proceso de democratización interna y reforzar sus estructu-

ras dirigentes y militantes sin el maná del gobierno federal. Lo mismo debe hacer el PRD, especialmente cuando ha llegado el momento de que su máximo dirigente, Cuauhtémoc Cárdenas, dé finalmente el paso al costado que la sociedad reclama. De la supervivencia de los partidos depende en gran medida el futuro de la democracia mexicana. Los principales actores ya han dado un primer paso, pero todavía queda un largo camino que recorrer.

Mucha gente, durante mucho tiempo, ha pensado que el problema de México era el PRI. A partir de ahora veremos claramente cómo el problema es el Estado y la sociedad mexicana, adaptados a una forma de vida que durante años les fue cómoda. De ahí el gran apoyo social y la longevidad del régimen. Por eso, Fox tiene que dar respuestas claras a la sociedad mexicana, para que ésta lo acompañe en su empresa. También debe enviar mensajes claros al Estado, que sin lugar a dudas tiene que completar su transformación, una transformación iniciada por el PRI, pero que, como suele ocurrir, otros deben completar.

En las elecciones posteriores a julio se han producido algunos datos de interés. Así, por ejemplo, en Chiapas, el candidato de la Alianza por Chiapas, el ex priísta Pablo Zalazar, derrotó al candidato del PRI por seis puntos de diferencia. Según algunos analistas se trata del primer paso para la pacificación de la región, aunque hasta ahora la retirada del ejército federal sólo ha permitido la reedición, aunque a una escala menor, de la famosa zona de despeje que el presidente Pastrana regaló a las FARC. En las elecciones de Veracruz, el PRI logró la mayoría en el Congreso local y en las municipales ganó 140 alcaldías, por 30 del PAN y 20 del PRD, lo que muestra que si sus dirigentes no se empeñan en lo contrario, un PRI renovado tendría todavía bastantes cosas que decir. Mientras tanto, las confusas elecciones a gobernador del Estado de Tabasco siguen sin resolverse y a medio plazo la situación de indefinición y el uso extemporáneo del compadreo y el caciquismo podrían suponer un traspie en el proyecto de Madrazo por hacerse con el control absoluto del PRI.

### Los problemas de la región andina

En la zona andina encontramos los mayores problemas y sinsabores que afronta actualmente la democracia en América Latina. En Bolivia, el presidente Banzer no ha podido mantener la buena senda de sus dos predecesores, que habían sabido compaginar el ajuste económico con la gobernabilidad del país. El problema del narcotráfico y los campesinos cultivadores de coca no es el único al que no ha sabido darle cumplido ejemplo. Perú todavía no se ha repuesto de la fuga del tándem Fujimori-Montesinos y

afronta con muchas incertidumbres su nueva transición a la democracia. El mayor problema es la falta de una alternativa unificada, ante la debilidad de una oposición que de seguir por el camino previsible presentará a las elecciones de abril a varios candidatos. Por su parte, Ecuador dolarizado y atezado por conflictos étnicos y sociales, no termina de encontrar la senda de la necesaria estabilidad.

No pudo ser. Las elecciones presidenciales de 2000 no permitieron la alternancia en el Perú y el triunfo opositor se quedó en la mera denuncia del fraude cometido contra el pueblo peruano y la democracia. Las denuncias por las amenazas a la limpieza del sufragio eran numerosas, comenzando por la falsificación de un millón de firmas para legalizar la agrupación oficialista Frente Independiente Perú al 2000. La operación fue denunciada por El Comercio, uno de los pocos órganos de prensa independientes que durante el fujimorismo quedaban en el país. Al igual que en otros casos, el poder respondió inmediatamente, como ocurrió con Baruch Ivcher, el propietario del Canal 2-Frecuencia Latina, desposeído de la nacionalidad peruana y de la dirección del canal, y llovieron las denuncias sobre el diario por delitos fiscales. También se hablaba de padrones mal confeccionados, de policías y militares inscritos para votar, de robos de urnas y, lo que ya es una evidencia, del manejo indiscriminado de los medios, especialmente la televisión en abierto, por el poder para desinformar a la población sobre el proceso electoral. Era tal la amenaza sobre el futuro de la democracia peruana que el Instituto Nacional Demócrata y el Centro Carter señalaron que el proceso electoral todavía «no ha alcanzado los niveles exigidos por las normas internacionales para las elecciones democráticas». En la misma línea, Julio Cotler, uno de los más serios estudiosos de la realidad peruana, decía que eran «las elecciones más sucias, menos competitivas y menos libres» en el último medio siglo de historia del Perú, incluidas las convocadas por el dictador general Odría, que hizo encarcelar al candidato opositor y después obligó a los electores a acudir y votar por él, el único candidato que se presentaba. Completaba la idea señalando la paradoja de que los plebiscitos convocados por la dictadura de Pinochet y por los militares uruguayos para refrendar sus constituciones no tuvieron ni la sombra ni las sospechas de elecciones amañadas como éstas.

Junto a las elecciones presidenciales se celebraron las parlamentarias que debían renovar la totalidad de los escaños, 120, del Congreso unicameral. De acuerdo con los resultados de entonces, desvirtuados posteriormente por la compra de diputados por el oficialismo fujimorista y por los desplazamientos "naturales" luego de la deriva presidencial al ridículo y al



desastre, el partido de Fujimori obtuvo 52 actas, lo que lo colocaba a 9 de la mayoría absoluta. La menor importancia de esta elección en relación con la presidencial la da el hecho de la abstención, que pasó del 17,71% en las presidenciales al 36,31% en las legislativas. Esta cifra muestra que una parte nada desdeñable de los votantes sólo sufragó por Fujimori o bien que los encargados del fraude sólo se preocuparon por cumplir los deseos del patrón, olvidándose de los diputados.

El espectacular ascenso del candidato de Perú Posible, Alejandro Toledo, forzó una segunda vuelta, celebrada el 28 de mayo, algo impensable cuando comenzó la campaña electoral. Sin embargo, ante el temor de que un reinado de quince años quedara trunco el tándem Fujimori - Montesinos no dudó en protagonizar episodios de mayor fraude con tal de mantenerse en el poder. Ante esto es importante no caer en el voluntarismo y no equivocarse. Si Fujimori ganó en la primera vuelta no es sólo por haber montado una de las mayores farsas electorales que haya conocido el Perú. Hoy, como ayer, para ganar las elecciones no basta con trampear, hay que tener un importante respaldo popular y el Chino lo tenía, a diferencia de Milosevic, que intentó montar una operación similar a la de Fujimori, aunque la movilización popular en este caso concreto le obligó a dimitir. La población estaba dividida al cincuenta por ciento y el fraude fue únicamente la espita que convirtió el empate en victoria. Decía un amigo y buen intelectual peruano que parte de la gente mantenía su fe en Fujimori «por muchas razones: conservadurismo, gratitud, temor, amenaza, desconocimiento de otras opciones, manipulación de parte de los brutales sistemas de control de la información que han logrado montar». Al mismo tiempo, la oposición, que englobaba a la otra mitad, fue incapaz de ganar, tanto por el fraude como por sus propias limitaciones: un líder, Toledo, en estado de maduración y falta de unidad y de un claro programa alternativo.

Después de la primera vuelta Fujimori confiaba en que la oposición interna terminara una vez más desarticulada y paralizada por los choques estériles de sus líderes y que la oposición internacional se aplacara ante los éxitos económicos y la teoría del mal menor (yo o el caos). Para ello contaba con unos generales totalmente adictos al poder (se negaban a cambiar so pena de ser investigados) y con la miopía de numerosos gobiernos del mundo, especialmente los de la región, que se negaban a condenar a un gobierno ilegítimo. Por eso Toledo se equivocó al no acudir a la segunda vuelta, donde Fujimori ganó con el 75% de los votos. Pese a que el voto es obligatorio, y la incomparecencia a las urnas se castiga con multa en dinero, el número de votos descendió en relación a la primera vuelta, la partici-

pación bajo del 85,3% al 82,29%, y también aumentó considerablemente el número de votos nulos, que fue el más alto de la historia de las elecciones presidenciales peruanas. La estrategia de Alejandro Toledo en la segunda vuelta fue el voto nulo, al punto que las boletas con la frase "Perú Posible - No al Fraude" logró porcentajes importantes, superando en algunos lugares los sufragios favorables a Fujimori. A ello habría que agregar que algunos electores votaron por Toledo, lo que muestra que bastantes ciudadanos desconocían la consigna del candidato opositor y las dificultades que tuvo para difundir su mensaje. Si se suma los que no fueron a votar, los que votaron en blanco, nulo o por Toledo la cantidad obtenida supera el número de votos favorable a Fujimori, a tal punto que algunos analistas especulaban que allí residía el motivo de la negativa gubernamental a aplazar la elección dos semanas.

Dejemos para el final andino a Colombia y Venezuela, que para colmo de males ven como las relaciones bilaterales caminan por una peligrosa escalada de crispación, debido básicamente a la conducta irresponsable del presidente Chávez y su gobierno que flirtea con la guerrilla colombiana y que incluso se plantea reconocer su status de parte beligerante en el conflicto. Colombia debe enfrentar simultáneamente la amenaza de la guerrilla, del narcotráfico y de los paramilitares. El Estado controla actualmente menos de la mitad del territorio nacional. Si las cosas eran difíciles, Pastrana se empeñó en un diálogo absurdo que de momento sólo ha servido para regalar un vasto territorio a las FARC, un territorio que no sólo sirve de base para un diálogo que no termina de arrancar, sino que también es base de adiestramiento y aprovisionamiento a los distintos frentes guerrilleros, lugar de emplazamiento de los campos de concentración donde se hacían los rehenes militares y policiales en poder de la guerrilla, o donde los capturados en las pescas milagrosas esperan el pago del rescate. Mientras la guerrilla siga siendo un gran negocio, y gracias a la protección mafiosa del narcotráfico, a los secuestros y a otros negocios colaterales lo es, la negociación tiene escaso futuro en Colombia.

En Colombia, en medio de las difíciles condiciones existentes a causa de la guerra, hubo elecciones locales el domingo 29 de octubre. En este caso se eligieron casi 1.000 alcaldes, aunque en numerosas zonas la ausencia o inexistencia del Estado restó a los comicios la necesaria legitimidad. En la capital Bogotá ganó el candidato independiente y ex alcalde Antanas Mockus, actualmente cercano a la ex-ministra de Asuntos Exteriores Noemí Sanín. En las demás ciudades, también se puso en evidencia un retroceso de los partidos tradicionales. El oficialista partido Conservador perdió en

Medellín la segunda ciudad del país y en Cauca -distrito de tradición conservadora- se impuso un líder indígena. El partido Liberal obtuvo una cantidad de triunfos importantes, superando ampliamente al Partido Conservador. En San Vicente de Caguán, fue derrotado un candidato que se muestra como cercano a la guerrilla. Las elecciones municipales fueron una muestra más del peligroso camino que ha adoptado la política colombiana. El descrédito de los partidos políticos es mayúsculo y para colmo una serie de ONG's totalmente irresponsables se empeñan en hacerlo mayor. Lo patético del caso es que en defensa de intereses puramente sectoriales y llenándose la boca con la palabra mágica de la "defensa de la sociedad civil" esas ONG's que abominan de la política, pero fundamentalmente se dedican a hacer política, poco colaboran con el proceso de pacificación y con la reconstrucción del país. Para colmo, los líderes políticos y los dirigentes partidarios insisten en ser "independientes", como ocurrió con María Emma Mejía que en vez de presentarse a las elecciones municipales como candidata del Partido Liberal, hasta ahora su partido, apostó por la "independencia" y perdió.

Venezuela afronta la peligrosa explosión populista del comandante Chávez, asentada en el desplome de AD (Acción Democrática) y COPEI, los dos partidos tradicionales. Con un sesgo marcadamente demagógico, un filo izquierdista (ver su romance con Fidel Castro) y sostenido en el precio del petróleo, su gestión comienza a ser un grave problema para sus vecinos, especialmente si se siente tentado a utilizar parte de los recursos petroleros a promover la revolución bolivariana en el resto del continente, como intentó hacer su maestro Fidel en los 60 y 70, intentando exportar la lucha armada y la revolución socialista al resto de América Latina. Los despropósitos del gobierno son innumerables como prueba el aplazamiento de las llamadas "megaelecciones" que debían servir para renovar todos los cargos del Estado, desde el presidente a los consejos municipales, convocadas inicialmente para el 28 de mayo. Otra prueba del mismo tenor es el plebiscito convocado en diciembre último para aprobar su "revolución obrera", que pasaba por el desmantelamiento de los sindicatos tradicionales, paso previo para la instauración del sindicato único. Este episodio de "democracia popular" contó con la abstención del 77% de los votantes y sólo el 66% de quienes acudieron a la urna votaron por el sí al proyecto gubernamental. En el mismo día que el mencionado plebiscito, estaban convocadas elecciones municipales, pero la abstención deslegitimó la elección de los casi 5.500 concejales que estaban en juego. Sólo votaron 2.200.000 personas, el 22,1% del censo electoral. En esta ocasión, el ofi-

cialismo logró casi el 65% de los cargos electos.

En las elecciones presidenciales del 30 de julio votó sólo el 56,50% del censo electoral. El candidato "opositor", Francisco Arias Cárdenas, surgido de las mismas entrañas del régimen, fue incapaz de ganar al presidente Chávez, que todavía cuenta con el favor popular, como muestran los resultados: un 56% frente a un 36% de Arias. Sin embargo, pese a la magnitud de su victoria, ésta fue insuficiente para conseguir la mayoría de dos tercios en el Congreso, que le hubiera permitido gobernar sin ningún tipo de cortapisas. Por eso no podrá nombrar o remover a su voluntad a los miembros del Tribunal Supremo, la Fiscalía, la Defensoría del Pueblo o la Contraloría de la República; tampoco podrá hacer aprobar impunemente leyes especiales, como votos de censura o leyes orgánicas. De todos modos, el balance no fue nada malo para el Movimiento Quinta República (MVR), la heterogénea y aluvional coalición gubernamental que apoya al presidente, ya que obtuvo 93 bancas de las 165 que tiene el Parlamento (un 57%) y 17 de los 24 gobernadores estatales. Paradójicamente, la tradicional Acción Democrática (AD) salió reforzada del comicio, al alzarse con el 20% de los escaños del Parlamento.

### **América Central y el Caribe**

En América Central y el Caribe contamos con la presencia permanente de Costa Rica, un valor seguro en términos bolsísticos, y también de la República Dominicana, que resolvió sus elecciones presidenciales del 16 de mayo con muestras evidentes de madurez política y con una gran asistencia a las urnas, el 76,14%, la segunda en importancia desde las elecciones presidenciales de 1978. Pese a todas las críticas que se le pueden formular por los más variados motivos, lo cierto es que en esa ocasión el Sr. Balaguer demostró ser un hombre de Estado al reconocer el triunfo del candidato Hipólito Mejía, del social demócrata Partido de la Liberación Dominicana (PRD), lo que evitó la convocatoria de una segunda vuelta y sobre todo, de los efectos desestabilizadores que ésta hubiera tenido. De este modo, el PRD retornó al poder, del que había sido desplazado por el Partido Reformista Social Cristiano (PRSC) en 1986. Mejía se impuso por bastante margen a Danilo Medina, el candidato del entonces oficialista Partido de la Liberación Dominicana (PLD). Mejía obtuvo un 49,9% de los votos, frente al 24,8 de Medina y al 24,6 de Balaguer.

De forma simultánea a los estímulos que provoca la realidad dominicana, nos encontramos con los casos de Haití y Nicaragua, situados en el otro extremo de la escala, junto al incalificable modelo cubano, que no calza bajo ningún concepto en cualquier tipología democrática. América Central aún se encuentra cicatrizando las heridas de los conflictos civiles ocurridos en Nicaragua,

Guatemala y El Salvador. A los problemas heredados de las guerras civiles hay que agregar los innumerables casos de corrupción en Nicaragua, patentemente reflejados en las recientes elecciones municipales y los serios problemas de orden público que se observan por doquier y de los cuales la actual ola de secuestros es sólo la punta del iceberg.

En El Salvador, recientemente dolarizado, hubo elecciones legislativas y municipales el 12 de marzo. El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) obtuvo una importante victoria en ambas frente a la oficialista Alianza Republicana Nacionalista (Arena). De un total de 84 escaños, el FMLN obtuvo 31 (tenía 27) y Arena 29, las mismas que en la legislatura anterior. A esto hay que agregar que el Frente ganó 70 de las 262 alcaldías en disputa, entre ellas 8 de las 14 cabeceras de distrito.

En Nicaragua, que este año debe afrontar unas elecciones presidenciales clave, el Frente Sandinista de Liberación Nacional obtuvo un importante triunfo en los comicios municipales del 5 de noviembre. El sandinismo que, a diferencia de 1996, acudió unido, ganó en la capital Managua, donde su candidato Herty Lewites logró una amplia mayoría, y también se impuso en un buen número de ciudades importantes del país. El gran derrotado fue el gobernante Partido Liberal Constitucionalista (PLC), pese a haber conquistado 96 alcaldías frente a las 50 del sandinismo y algunos votos más. En realidad, fue más un voto de castigo al PLC por los numerosos casos de corrupción que sacuden al gobierno del presidente Aleman, que un claro respaldo a un sandinismo bastante desprestigiado entre la población. Ahora todas son cábalas frente a la futura elección presidencial. Por una parte se especula con la posibilidad de una coalición entre el PLC, el Partido Conservador, y por la otra con que Daniel Ortega no sea el candidato sandinista, debido a las fuertes resistencias que su dogmatismo e intransigencia despierta en sus propias filas.

En el Caribe, Haití presenta un serio déficit de gobernabilidad. Las elecciones del 26 de noviembre, complemento de las elecciones al Senado de mayo, las ganó sin ninguna sorpresa el polémico ex presidente Aristide, con más del 60% de los votos. Ya en las mismas cifras de participación se observa la magnitud del desencuentro con la oposición, una oposición sumamente dividida y que falta de cualquier expectativa decidió boicotear los comicios. Mientras el gobierno aseguraba que votó un 60,5% de los inscritos, la oposición redujo sensiblemente dicha cantidad a sólo al 5%. De alguna manera, esta discrepancia confirma los temores de la Organización de Estados Americanos que cuestionó los comicios por su "poca transparencia".

### Las odiseas del siglo XXI

Lo que queda claro del desempeño democrático de 2000 es que América Latina está llena de luces y sombras. Por un lado, en medio de grandes dificultades económicas, sociales y políticas, la democracia se consolida en casi toda la región, pese a los cantos de sirena de unos cuantos neopopulistas emergentes. De todas formas, resulta cada vez más claro que la construcción de la democracia es una tarea en la que debe involucrarse toda la sociedad y que las ayudas o las zancadillas externas no son fundamentales en un proceso que responde básicamente a las fuerzas propias de cada país.

Una de las primeras pruebas de fuego en materia electoral de este nuevo siglo es la elección presidencial en Perú. Su desenlace tendrá importancia no sólo nacional sino también regional, ya que permitirá desactivar algunas de las tendencias claramente autoritarias existentes en América Latina. Pero este camino requiere de un claro respeto a las reglas del juego. Ya se ha visto en el pasado como los intentos de cambiarlas en mitad del partido, para favorecer segundas o terceras reelecciones no tuvieron buen final. Cardoso, Menem y Fujimori pasaron brillantemente la primera prueba, pero los dos últimos terminaron en el esperpento cuando intentaron tripetir. Mientras Fujimori sobrevive en Tokio, Menem pululea con una exuberante chilena que lo dobla en edad. Afortunadamente la cordura se impuso una vez más en el Brasil y el presidente Cardoso no va a intentar alocadas aventuras que pongan en peligro el futuro institucional de su país. Este es el sino de los tiempos, en el cual los pueblos latinoamericanos deben estar preparados para pedir más responsabilidades a sus dirigentes en vez de buscar las causas de sus males y a los culpables de los mismos en el extranjero..